



LA VUELTA A CASA

LIBRO 3

HÉROE

DUNGEONS
& DRAGONS
REINOS OLVIDADOS®

R.A. SALVATORE

minotauro



HÉROE

LA VUELTA A CASA III

R. A. SALVATORE

minotauro

La vuelta a casa nº03/03 Héroe

© 2016 Wizards of the Coast LLC.

© 2024 Wizards of the Coast LLC. All Rights Reserved. Licensed by Hasbro.

Originally published as *Hero (Homecoming 3)*

Wizards of the Coast, Dungeons & Dragons, D&D, their respective logos, The Forgotten Realms, The Legend of Drizzt, and the dragon ampersand are registered trademarks of Wizards of the Coast LLC in the U.S.A. and other countries.

All characters in this book are fictitious. Any resemblance to actual persons, living or dead, is purely coincidental. All Wizards of the Coast characters, character names, and the distinctive likenesses thereof, and all other Wizards trademarks are property of Wizards of the Coast LLC.

Publicación de Editorial Planeta, S.A. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.

© 2024 Editorial Planeta, S.A., sobre la presente edición.

Reservados todos los derechos.

Traducción: © Patricia Nunes, 2024

Ilustración de cubierta: Aleksí Briclot

ISBN: 978-84-450-1468-4

Depósito legal: B. 11.906-2023

Printed in EU / Impreso en UE.

US, Canada,
Asia, Pacific & Latin America:
Wizards of the Coast, Inc. Way
P.O. Box 707
Renton, WA 98057-0707
+1-800-324-6496



European Headquarters:
Hasbro UK Ltd Newport,
Gwent NP9 0YH GREAT
BRITAIN

Visit our web site at www.wizards.com

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com

Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro

Twitter: @minotaurolibros

MALOS VIENTOS Y MARES COSTEROS

—No me está gustando mucho esto —dijo un Regis verde por el mareo a Wulfgar. La carabela de velas cuadradas *El Patrón del Puddy* cabalgaba sobre un mar de grandes olas. La tripulación trabajaba furiosamente para mantener la pesada embarcación recta, temiendo que si se escoraba, pudiera volcar.

—Hay demasiado en la bodega —explicó Wulfgar, que no estaba ni la mitad de mareado que su compañero—. Y no está bien sujeto. Las cajas resbalan con cada cabeceo.

Subieron otra vez sobre una gran ola; esta inclinó tanto la parte trasera que la pareja que se hallaban en el castillo de popa se encontró mirando directamente sobre la proa a las negras aguas. Ambos se agarraron con más fuerza, y fue bueno que lo hicieran, porque el agua entró por la proa y barrió la cubierta principal.

Wulfgar rio.

Regis vomitó.

Y siguió así toda la tarde, pero por suerte, el mar se calmó un poco al caer la noche; aunque un cielo sin estrellas prometía más lluvia y viento para el día siguiente.

—¡Ja, ja! ¡Y yo que pensaba que estabais hechos a la mar! —se rio el primer oficial cuando Wulfgar ayudó a Regis a bajar por la escalerilla hasta la cubierta principal.

—Hemos navegado a menudo —respondió Wulfgar.

—¡Con Deudermont, en el *Duende del Mar*! —añadió Regis, como si eso cambiara las cosas.

Pero el primer oficial y Mallabie Pudwinker, la capitana, solo se encogieron de hombros.

—No estamos en la Costa de la Espada —le recordó Wulfgar a su amiguito en voz baja mientras se alejaban—. Estamos en un lago.

—Pues vaya lago —repuso sarcástico el mareado Regis.

—Sí, y por eso las olas pueden ser peores —respondió Mallabie Pudwinker, que había oído la conversación. La mujer, robusta y atractiva, se acercó a los dos, y a Regis no le costó notar la chispa en los ojos de Wulfgar cuando este la miró. Regis le entendió perfectamente. La capitana Mallabie, en su aspecto, su constitución y su porte en general, exudaba competencia y fuerza. Una mujer que podía superarte escupiendo, luchando y amando, todo al mismo tiempo. Poseía unos penetrantes ojos marrones que parecían atravesarte además de mirarte. El pelo negro le llegaba hasta los hombros, lo único en esa mujer que parecía estar suelto. La ropa le ajustaba perfectamente, pulcra y planchada: el chaleco apretado bajo una bandolera de medallas e insignias de puertos. Llevaba un alfanje colgando de la cadera izquierda, y aunque Regis no la había visto blandirlo, no dudaba de que lo haría con gran habilidad.

—No es muy profundo en el paso resguardado entre Sembia y la Costa del Dragón, por lo que las olas pueden formar una cresta espumosa al alzarse entre los arrecifes y los bancos de arena.

—¿Cresta espumosa? —pregunto el halfling, incrédulo.

—Pensaba que habías dicho que eras de Aglarond y que habíais navegado por el mar de las Estrellas Fugaces, ¿no?

—Y lo soy, y lo hice... pero solo una vez.

—¡Delthuntle, dijiste! —protestó Mallabie—. ¡Toda la vida en el agua, dijiste!

—En una barca de remos, o un esquife. Nada más grande —explicó Regis.

La capitana suspiró.

—Vaya, debería haberte cobrado por la molestia de llevarte de vuelta, ¿eh?

Regis fue a contestar, pero Wulfgar le rodeó los hombros con el brazo, para que callara.

—¿Qué? —preguntaron Regis y Mallabie al mismo tiempo.

—Escora —dijo Wulfgar.

—Balanceo —corrigió Regis, pero su compañero negó con la cabeza.

—Escora hacia babor —insistió, totalmente inmóvil y mirando hacia delante, alineando el palo mayor con la proa.

—¡Bajo cubierta, rápido! —gritó la capitana Mallabie a un tripulante cercano—. ¡Revisa la bodega inferior!

Antes incluso de que el hombre desapareciera por la escalerilla, se corrió el grito de que estaban haciendo aguas. Tantos saltos habían hundido el palo mayor y quebrado las cuadernas de debajo. Y en ese momento, con tanta parte de la carga desplazada a babor, el agua entraba a chorro por ese costado, desequilibrando aún más la carabela.

—¡Arriad las velas! —gritó la capitana Mallabie, en cuanto se percató del problema. Las velas, tensas bajo el peso del viento, solo causaban más tensión en el punto dañado, exacerbando el problema—. ¡Un equipo de achique abajo! —aulló, y su tripulación se puso en marcha. Wulfgar fue también hacia la escalerilla, pero Mallabie lo agarró del brazo—. ¿Eres tan fuerte como pareces?

—Más aún —le aseguró Regis.

—Bien. Pues a la caña del timón, los dos —ordenó Mallabie—. La rueda no será tan ágil sin las velas, así que iremos directos a la pala del timón. —Hizo un gesto al hombre que estaba en la rueda del timón, quien la trabó para que no se moviera y asintió—. Bicker os subirá la caña y os la soltará, y luego dependerá de ti, bárbaro. Nos mantienes derechos contra las olas o seguro que vamos a volcar.

Wulfgar asintió. Ha había hecho antes esa crucial tarea con la caña del timón, haciendo virar barcos más grandes que ese con su fuerza bruta en medio de una batalla contra piratas.

—Cuando se calmen los mares, mi tripulación tenga el achique controlado y hayan comenzado a parchear, vas abajo y equilibras la carga —añadió la capitana—. ¡No voy a perder ni un kilo!

—Si nos estamos hundiendo... —comenzó Regis.

—Lanzaré a la tripulación por la borda, uno a uno, hasta que me quede con los pocos que necesito para llegar con mi mercancía hasta el este —le interrumpió la capitana Mallabie—. Y podría ser que comenzara por ti.

Regis perdió el verde del rostro al palidecer y Mallabie se volvió lo justo para lanzarle un jugueteón guiño a Wulfgar, que no pudo evitar una medio sonrisa.

—Estaba bromeando, ¿verdad? —preguntó Regis, mientras seguía a su compañero a la popa, apresurándose tras Bricker.

—¿Y por qué iba a importarte? —inquirió Wulfgar—. Creía que estabas cargado de sangre genasi y podías recorrer todo el mar a nado, de ser necesario.

Regis se encogió de hombros.

—Bueno, hay otras cosas ahí abajo, ¿sabes? Cosas grandes... cosas con hambre...

—Bah, pero tú no serías una gran comida, así que no te preocupes —repuso Wulfgar.

Trabajaron durante toda la noche, con Wulfgar siguiendo las indicaciones de Bricker y Regis, que le daban la angulación adecuada al barco para sortear cada una de las olas. Por suerte, estas comenzaron a disminuir de tamaño, y en lo alto, las nubes se abrieron y comenzaron a brillar las estrellas.

La cubierta estaba ocupada por una fila de tripulantes que iban pasándose cubos, al ritmo marcado por las mazas de los carpinteros del barco, que trataban de sujetar y asegurar el mástil, y cubrir las grietas con madera y brea.

Unas horas antes del amanecer, la tripulación bajó el ritmo y el trabajo de Wulfgar casi había acabado. Con el mar otra vez en calma, Regis y él ataron la caña del timón. Después de ayudar a Bricker a

conectar de nuevo la rueda, se tumbaron junto a ella, y los tres trataron de dormir un rato.

—¡No hay tiempo para eso! —oyeron la voz de la capitana Mallabie poco después; tan poco que Regis no estaba seguro de si había llegado a dormirse o no. Con ojos adormilados, alzó la mirada al brillante cielo, en el que el sol ya lucía. Wulfgar bostezó y Bricker se puso en pie de un salto.

—De vuelta a los cubos —explicó Mallabie.

—Pensaba que lo habían parcheado —dijo Bricker.

—Un poco, sí, pero el daño es por debajo, en la quilla. Haremos que vaya más lento. Puede ser suficiente o puede que no. —Meneó la cabeza y a ninguno de los tres les transmitió ninguna confianza.

Wulfgar se puso en pie y Mallabie lo observó fijamente mientras se levantaba.

—¿Eres nadador? —preguntó.

El hombretón se encogió de hombros.

—¿Estás pensando en poner a unos chicos al mando del *Patrón del Puddy*?

De nuevo, Mallabie se encogió de hombros.

—Quizá.

—¿Por qué no? —preguntó Wulfgar a Bricker. El *Patrón del Puddy* no era una nave muy grande, a fin de cuentas, y él estaba seguro de que podía llegar a la quilla.

—Uno arriba, uno abajo, de vuelta abajo, de vuelta arriba —explicó Bricker—. No estarás ahí abajo lo suficiente para poder hacer algo. No ahí abajo a oscuras. ¡Nada que valga la pena hacer! Tendrías que recortar las varillas y todo eso, ¡no sólo solo enganchar una tabla sobre el agujero y esperar que aguante!

—Mejor eso que nada —repuso la capitana Mallabie.

—No puedes embrearlo —replicó Bricker.

—Y tampoco puedo meterlo en el dique seco en medio del maldito mar, ¿verdad? —soltó la capitana, en un tono que le recordó a Bricker cómo eran las cosas ahí fuera, en el agua.

—Le ruego me disculpe —se excusó el hombre respetuosamente, y se quedó atrás.

—Puede hacer falta sumergirse muchas veces —dijo Mallabie a Wulfgar—. Pero quizá necesitaremos que lo intente.

—Así que tendrá que ir ahí abajo, y recortar las varillas para meterlas en las grietas, ¿no es así? —preguntó Regis.

Mallabie volvió a encogerse de hombros.

—No hay una respuesta fácil ni tampoco la seguridad de que puedas hacerlo —admitió ella—. Pero cualquier cosa que sirva para que entre menos agua nos ayudará a llegar a la orilla...

Se calló, porque Regis ya estaba quitándose el chaleco y la camisa. Se descolgó la espada, pero se dejó la daga. Con un gesto de asentimiento, dejó caer su fabulosa boina azul sobre la pila; luego saltó por encima de la borda y desapareció de la vista.

—¡Búscalos! —ordenó una sorprendida capitana Mallabie, corriendo hacia la borda.

—Estarás esperando mucho rato —le advirtió Wulfgar, y cuando los otros dos lo miraron, le vieron una sonrisa de suficiencia.

Claro que Regis sabía que debería estar asustado. Se hallaba bajo el agua en el mar abierto, el mar de las Estrellas Fugaces, un lugar conocido por sus monstruos y sus demonios marinos: todo tipo de criaturas peligrosas. En ese mismo mar, el halfling había pasado por el momento más aterrador de su vida, ¡de sus dos vidas!, cuando había abierto el ataúd de Ebonsoul y se había enfrentado al espectro en las profundidades acuosas.

Pero seguía sin tener miedo. Había algo liberador en estar en el agua, algo natural y sano, algo que le llamaba hacia sus ancestros, al propio comienzo de la vida que había llevado a la suya.

Aunque estaban a medio eleint, el noveno mes, con el verano aún aguantando por la Costa del Dragón, Gulthander y las otras partes sureñas del mar, el otoño se acercaba rápidamente. Un viento

frío estaba comenzando a soplar desde las Tierras del Heliotropo, lo que hacía que el tiempo allí fuera no resultara tan cálido. Pero no importaba. Una de las ventajas de su distante herencia genasi era que el agua helada no le molestaba a Regis, no como en su vida anterior. Recordaba una vez que había resbalado y caído en el Maer Dualdon, en el Valle del Viento Helado, sobre esa misma época del año. Si un pescador no lo hubiera atrapado con una red, se habría rendido a la muerte en silencio e indefenso. El agua allí arriba era mucho más fría que aquí, claro, pero Regis sabía que ahora podría nadar en ese lago del Valle del Viento Helado. El agua fría no le afectaba como lo había hecho antes de su renovación, no le iba extrayendo el calor de la vida a su pequeño cuerpo, y ralentizándolo, ralentizándolo, hasta morir.

Le habían dado un gran regalo a través del linaje de su madre.

Y, por tanto, no tenía miedo.

Su cuerpo se movía instintivamente, cada movimiento y cada miembro trabajaba en armonía para impulsarlo. En su existencia previa había sabido nadar, claro, y lo hacía cuando tenía que hacerlo, pero no así. En esos momentos era más como una auténtica criatura marina, con movimientos gráciles, rápido en su huida por debajo del mar.

Incluso su visión era más potente en el agua. Quizá fuera debido a las muchas horas que, en su juventud, había pasado lejos de la superficie en los bancos de ostras, pero Regis creía que su penetrante visión de halfling era un poco diferente, ahora, más adaptable y útil bajo el agua.

No comprendía los detalles específicos, y tampoco le resultaba necesario. Solo tenía que usar esos ojos y esos maravillosos pulmones, y sus dedos, tan sensibles a las corrientes, hasta llegar a la quilla, donde comenzó a inspeccionar el casco bajo el palo mayor.

No tardó en encontrar la junta por la que entraba el agua. Podía oír la canción de esta al entrar, y notar el empuje del mar al alcanzar ese punto del barco.

Salió a respirar a la altura de la entrecubierta, y encontró al Wulfgar y a la capitana Mallabie mirándole desde la baranda. Al ver la expre-

sión de alivio de esta y la media sonrisa de su compañero, se pudo imaginar la conversación que habrían mantenido durante su ausencia excesivamente larga bajo el agua.

—¡Un cabo! —gritó Mallabie hacia atrás, pero Wulfgar la agarró por los hombros y negó con la cabeza, mientras la hacía volverse para observar al halfling.

Araña Parrafin no necesitaba ningún cabo. Trepó con facilidad por el costado del *Patrón del Puddy*.

—Has estado ahí abajo...

—Demasiado rato. Sí, lo sé —la interrumpió Regis.

—Entonces, eres un sacerdote, con magia para respirar bajo el agua.

—No —negó Wulfgar.

—Algo así —dijo Regis al mismo tiempo.

La capitana Mallabie miró del uno al otro y ambos se rieron.

—He encontrado la grieta en el casco y creo que puedo hacer algo —explicó Regis—. Una cuña, más bien una calza, así de larga. —Separó las manos marcando, más o menos, la distancia de un antebrazo—. Y una maza. Luego volveré a subir a por una bola de brea.

Mallabie lo miró dudosa.

—Una bola fría —puntualizó Regis—. La meteré a golpes alrededor de la calza. —Se encogió de hombros—. Cualquier tapón que se pueda meter ahí ayudará, supongo.

La capitana Mallabie parecía no saber qué decir, o quizá reconoció que, por el momento, más le valía no cuestionarse mucho toda esa secuencia de acontecimientos inesperados y aparentemente inexplicables, así que asintió y se fue a buscar la maza y la calza.

—¿Ahora construyes barcos? —le preguntó Wulfgar, cuando se quedaron solos.

—No tengo ni idea —contestó Regis, sincero y resignado, encojiéndose de hombros—. Solo voy a meter todo lo que pueda en esa juntura y esperar que entre menos agua.

—¿Y si no es así?

—Lo será. El agua me lo indicará.

Wulfgar lo miró escéptico.

—¿Y si el agua te miente?

—Entonces nadaré —respondió Regis—. Y te daré una cabo para arrastrarte hasta la orilla.

Wulfgar sonrió, pero Regis, que había notado directamente la fuerza con la que entraba el agua, no sonreía. Sabía lo suficiente sobre el mar abierto para darse cuenta de que el *Patrón del Puddy* tenía un serio problema, que la herida bajo en su casco era profunda, y que la fuerza del agua solo iría abriendo más y más esa junta con el paso de las horas. La tripulación nunca podría achicar el agua suficiente para mantener el barco a flote hasta Delthuntle. Acaban de pasar la ciudad de Urmlaspyr, lo que significaba que aún les quedaban tres cuartas partes del viaje, y por mares mucho más complicados que el tramo resguardado que iba desde Suzail a ese punto.

Y, probablemente, con piratas por delante.

La capitana Mallabie echó el ancla del *Patrón del Puddy*, y Regis se pasó el resto del día tratando de meter a martillazos la calza en la grieta que había encontrado. Trabajó hasta que la luz comenzó a escasear, y luego regresó a la mañana siguiente. A mediodía, tenía la calza metida, y una capa de brea pegada a ella.

En cuanto el halfling subió a bordo a informar, Mallabie arrió el ancla y ordenó que desplegaran las velas. El *Patrón del Puddy* volvió a romper las olas, con todas las velas al viento.

A la mañana siguiente, ya habían salido del tramo más resguardado y se hallaban en mar más abierto; el viento había cambiado hacia el noreste. A pesar de todas sus bordadas y viradas, la embarcación avanzaba lentamente.

—Demasiado temprano en la temporada para este cambio de viento —comentó la capitana Mallabie a Wulfgar y Regis. Meneó la cabeza y dejó escapar un largo suspiro—. Las galernas de Uktar se adelantan un mes.

Los dos compañeros intercambiaron una mirada preocupada. No necesitaban conocer los detalles para reconocer el tono de la capitana.

—Pero a veces las cosas van así —continuó—. ¿Qué no ha pasado en este viaje, con el mar insistiendo en quedarse con nuestra carga, eh?

Eso era cierto, verdad que quedó evidenciada por un tripulante que salía de la bodega con un cubo de agua. Este miró a la capitana con resignación y luego le lanzó una mirada ligeramente ceñuda al halfling.

—Hice todo lo que puede —se oyó decir a Regis.

—Nadie te culpa —repuso la capitana—. Pero necesitamos un dique seco. Pensaba que podríamos seguir, pero no con esos vientos de cabeza y el cambio en la corriente. Tardaremos un mes en llegar a Delthuntle, y no aguantaremos un mes a flote.

—No podemos —dijo Bricker, que se unió a los tres—. El agua entra muy rápido. Cuando crucemos ante las islas Pirata, iremos muy bajos y arrastrándonos, como mucho, y allí no podremos correr más que nadie.

—Entonces, ¿dónde? —preguntó Wulfgar, mientras estiraba la mano para mantener a raya a su excitado amigo.

Mallabie negó con la cabeza, aunque miró hacia el noroeste, a la costa sur de Sembia. Dos ciudades, Urmlaspyr y Saerlooon, con diques secos y astilleros, se hallaban a su espalda. Si regresaban por ahí, hacia el oeste, con el viento hinchando las velas, el *Patrón del Puddy* podría llegar a cualquiera de ellas en dos días.

Pero llegar no era el problema; el problema era que esas ciudades no tenían grandes astilleros, y la lista de espera sería larga, de meses o incluso de un año.

Casi directamente al norte de su posición se hallaba Selgaunt, la capital de Sembia, con astilleros más grandes y quizá un acceso más rápido a un dique seco para hacer las reparaciones.

—Será más rápido entrar y salir de Selgaunt —opinó Bricker, siguiendo esa idea.

—Sí, pero tendremos que pasar por los Estrechos Sembianos, y podríamos no estar solos, ¿eh?

Bricker asintió.

—Regresar hacia Urmlaspyr será la ruta más segura —explicó la capitana.

—Un día o más navegando, justo por donde hemos venido —dijo Bricker, y ella asintió—. Y no encontraremos un dique seco antes del verano, ya verás.

—Yendo bien —admitió Mallabie—. Y seguro que se nos quedan hasta la última pieza de oro que tengamos.

—¿Y cuánto tiempo estaríamos en Selgaunt? —preguntó Regis, con una voz cada vez más desesperada, porque no le gustaba nada la dirección que había tomado esa conversación. Si las galernas del mes de Uktar ya estaban soplando, se temía que, incluso si pudieran encontrar un dique seco disponible, se verían atascados al cruzar al otro lado del mar, frente a Aglarond, hasta la primavera. Conocía lo suficiente las rutas comerciales y los usos de los mercaderes para saber que pocos se aventuraban en las aguas del mar de las Estrellas Fugaces en el invierno.

—Es mejor que sea la mayor parte de una semana si podemos meternos directos en un dique seco para hacer las reparaciones —contestó Bricker—. Lo más seguro que serán un par de semanas.

—Para entonces ya estaremos en el mes de marpenoth —dijo Wulfgar.

—Con los fríos vientos de Uktar a punto de mordernos —admitió Bricker.

La capitana Mallabie los escuchó y asintió con una expresión que decía que estaba comenzando a organizar las cosas.

—Habéis dicho que demostraríais vuestra valía si nos encontráramos con piratas —le recordó al par de pasajeros, y tanto Regis como Wulfgar asintieron—. O debería decir, si nos encuentran ellos a nosotros. Pues puede ser que lo hagan en los estrechos.

—Entonces, a Selgaunt —dedujo Regis, pero Mallabie negó con la cabeza.

—Si vamos a tener que pasar los estrechos, mejor vayamos directos a la isla Prespuela —decidió, mientras volvía la mirada hacia el este—. La controla Cormyr, y tengo un amigo en la ciudad de Palaggar que me debe un favor.

—Sí, Palaggar tiene un astillero... —comenzó Bricker.

—Y una guarnición para protegerlo —añadió Mallabie.

—Cincuenta millas a mar abierto —advirtió Bricker—. Lleno de tiburones, porque saben que los piratas están más que dispuestos a alimentarlos, ¿eh?

—Prespuela —repitió Mallabie, seria—. Y la ciudad de Palaggar, y confiemos en tener el *Patrón* sellado y listo para zarpar antes de que lleguen las galernas de Uktar.

—¿Y si no? —se atrevió a preguntar Regis.

—Os encontraré un trabajo en la ciudad durante el invierno —respondió Mallabie—, y llegaréis a Delthuntle a finales del mes de Ches.

Regis tragó aire e intentó no llorar de decepción. ¡La capitana Mallabie estaba hablando de un retraso de más de medio año! El halfling no creía poder sobrevivir otros seis meses sin abrazar a Donnola...

Pero no podía discutir. Sabía lo suficiente del mar para comprender que las oscuras aguas no se preocupaban demasiado por los planes de los humanos o de los halflings o de cualquier otra raza, y los que no lo aceptaron e intentaron forzar sus prisas en el mar de las Estrellas Fugaces seguramente aún seguían ahí, para siempre abajo, abajo.

Regis se cerró más la capa de pieles sobre los hombros y bajó la cabeza dentro de la capucha para protegerse del frío viento del norte, mientras paseaba por las murallas en lo alto de la solitaria torre que se hallaba en el punto más alto del brazo norte de la isla Prespuela. Los copos de nieve giraban y danzaban bajo los vientos cruzados, y el halfling seguía mascullando sus esperanzas de que eso no fuera el inicio de otra larga tormenta; la última había llenado la cuenca entre esa pequeña montaña y el resto de la isla, impidiendo el paso a los pocos habitantes de la Torre de las Estrellas a la ciudad de Palaggar durante casi una semana.

¡Ya se sentía lo suficientemente solo y triste ahí fuera para encima perderse el bullicio de las dos tabernas de Palaggar!

—No encontrarás a ningún atacante oculto bajo tu capucha —le llegó la voz de Wulfgar a su espalda.

Regis se volvió, miró por debajo de la capucha y vio a su enorme amigo acercándose. Wulfgar llevaba su atuendo de siempre: una capa de piel de zorro ártico y solo un pequeño casco en la cabeza. Los brazos estaban desnudos y a menudo expuestos, pero si el frío le molestaba, el bárbaro del Valle del Viento Helado no lo demostraba.

—Llevas demasiado tiempo lejos de los fríos vientos del mar del Hielo Movedizo —comentó Wulfgar, llegando a su lado y apoyándose en el parapeto; contempló la oscura tierra y el mar de más allá, de cara al viento, sin importarle.

—Demasiado tiempo en las cálidas cámaras del rey Bruenor —contestó Regis, y fue junto a su amigo para mirar también la oscura noche invernal.

Wulfgar lo miró.

—¿Los echas de menos? —preguntó, y Regis asintió.

—Más de lo que pensaba. Siempre los he querido, a todos, pero sabía que mi corazón estaba al otro lado del mar, hacia el este y Aglarond.

Wulfgar asintió y le palmeó el hombro, para animarlo.

—Los volveremos a ver.

—No me arrepiento de haber venido —repuso el halfling—, aunque no me esperaba estar todavía aquí, en medio del mar de las Estrellas Fugaces, a menos de dos semanas de acabar el año. —Soltó una carcajada resignada, de nuevo recordándose que los tiempos del mar mandaban sobre los deseos de los hombres sabios y frustraban sin piedad los deseos de los tontos.

—Este desvío nos ha mostrado una nueva tierra y nos ha dado una estación de paz. No es tan malo —probó Wulfgar.

—Yo ya había estado aquí —replicó Regis—. Pasé por este lugar en mi viaje hacia el oeste para reunirnos en la Cumbre de Kelvin. Aunque ahora es diferente, lo admito. La última vez que pasé por aquí, Prespuela tenía dos islas. El nivel del agua ha bajado mucho desde la Secesión, y la isla principal ha quedado unida a esta larga roca sobre

la que estamos. La Isla del Traidor, se llamaba esta, si no recuerdo mal, y nadie vivía aquí, aunque la torre sí que estaba, claro. —Lanzó un triste silbido al viento—. Tantas cosas han cambiado...

—Donnola Topolino aún sigue allí —repuso Wulfgar, que naturalmente se daba cuenta de la causa de la melancolía del halfling—. Y no falta tanto para el mes de Ches.

Regis sonrió y asintió agradeciendo el apoyo.

Miró más allá de Wulfgar, hacia el sur y vio una fila de antorchas que avanzaban hacia ellos. Con una risita, la señaló, haciendo que el bárbaro se volviera.

—¿La capitana Mallabie viene a tu cama? —preguntó Regis.

—Lo dices como si fuera algo malo —replicó el bárbaro.

—¿Cuántas? —inquirió Regis—. En esta nueva vida que has encontrado, ¿cuántas mujeres han compartido el lecho de Wulfgar?

Este se encogió de hombros como si eso no importara, lo que para él así era, y Regis lo sabía. Había regresado muy cambiado, como si ya hubiera pagado todos los tributos y hecho todo del modo correcto en su anterior existencia y, por tanto, pudiera tomarse a la ligera su segundo viaje por la vida.

—Rompecorazones —bromeó el halfling.

—Nada de eso. No les miento. Saben que no estaré allí cuando salga el sol.

—¿No haces ninguna promesa?

—Les digo la verdad. Luego ellas deciden.

—¿Por qué? —preguntó Regis con sinceridad, y eso hizo que Wulfgar se volviera hacia él—. ¿No deseas encontrar el amor?

—Lo encuentro todo el rato.

—¡No solo el amor físico!

—Lo sé —repuso su compañero—. Busco el placer en esta vida allí donde pueda encontrarlo. Hay tantas cosas que ver y tanto, ¡y a tantas!, que conocer.

Regis se quedó mirándolo un buen rato, sonriendo y meneando la cabeza.

—Vaya, Wulfgar —dijo finalmente—, creo que lo único que lamentarás será haber declinado los avances románticos de la dragona.

—Las veremos a ambas de nuevo —repuso el bárbaro, guiñándole el ojo. Se despidió y volvió al interior de la torre para recibir a la capitana Mallabie y a los juerguistas que habían ido con ella en esa noche fría y oscura.

Regis se quedó fuera, mirando hacia la oscuridad del invierno, pensando en Donnola, imaginando sus cálidos brazos abrazándole de nuevo, sus suaves labios sobre los de él. Wulfgar se equivocaba, y el mes de Ches estaba aún muy, muy lejos. ¡Demasiado lejos!

Se sopló en las manos y reanudó su ronda de centinela por las almenas de la torre. Era el quince de Nighthal, el último mes del Año de los Pergaminos de la Montaña Nether, y en ese mismo instante, Gromph Baenre estaba lanzando un conjuro muy poderoso, uno que invocaría a Demogorgon a su lado y que debilitaría peligrosamente la barrera de la Faerzress mágica, permitiendo a las hordas de demonios, incluso de señores demoníacos, cruzar a la Infraoscuridad de Faerûn.